

se opuso, temiendo que su nombre fuese inscrito en el proceso.

La señorita de la Chastaigneraye se quedó sola, frente á frente de su dolor, cuya intensidad nadie conocia.

Un volúmen de la Bruyere le habia marcado esta idea: *Querer olvidar á alguien, es pensar en él.* Consistia en esto su principal dolor?

Ella que no habia pecado leia á la señorita de La Valliere, como si escuchara á una hermana: «Jesucristo murió con objeto de pagar nuestras deudas; rompió el yugo de la esclavitud y nos hizo sus hijos adoptivos.» Si, decia Genoveva, Jesucristo pagó nuestras deudas y nos adoptó por hijos; mas no rompió el yugo de la esclavitud, puesto que no rompió el yugo del amor?

XVII.

DONDE SE VERÁ COMO ALGUNAS SEÑORITAS VAN
Á CASA DEL SEÑOR JUEZ DE INSTRUCCION.

El señor de Parisis corrió al Palacio de Justicia. Tenia un compañero de colegio que era juez de instruccion, el cual se habia distinguido por tres ó cuatro condenas á muerte. Este juez buscaba los criminales, como Octavio buscaba á las mujeres. En las criaturas no veia mas que el pecado original. La frase *redencion* estaba borrada de su diccionario; creia que la pena de muerte, era la garantia de la vida. Cuando interrogaba á un acusado ofrecia siempre un curioso espectáculo: habia, por decirlo así, resucitado el tormento por lo mucho que tiranizaba las conciencias, oprimia las almas y flajelaba los espíritus.

Y como todo son contrastes en el mundo, en la vida privada aquel hombre era el mejor del mundo. Como Leonardo de Vinci, compraba la libertad de los pájaros, era generoso con los saltimbanquis, y hubiera partido su capa á fin de cubrir los hombros de dos mendigos.

Cuando Parisis hubo entrado en su despacho, se

anunció la entrada de siete ú ocho mujeres ligeras... muy ligeras... mas que ligeras.

—Espero que no me echarás de tu despacho, dijo al juez Octavio.

Su amigo comprendia perfectamente su deber, y se levantó para conducirle hasta el dintel de la puerta.

Octavio insistió.

—No, no, dijo, conozco estos negocios: ya verás como derramo aquí y allí algunos ramos de luz. Fuera de que tengo que hablarte formalmente.

Las mujeres entraron de dos en dos, formando procesion.

Octavio cogió un libro de derecho y fingió que leía.

El juez de instruccion fingió, á su vez, no percibir que su amigo estaba en el despacho.

Habian entrado ocho de aquellas criaturas: se hubiera dicho que todas acababan de bajar de la carreta de Manon Lescaut, en el Havre. Tenian su misma negligencia, su misma curiosidad, su mismo rostro hasta el cual no descendia su alma. Me equivoco: habia dos que aun eran mujeres. La una era alta y la otra baja. El juez no pudo menos que preguntarlas porque singular motivo se encontraban allí.

La bajita respondió con viveza, que para vengarse de su familia, la cual la habia humillado, enviándola á la casa de correccion, por un pecado simplemente venial.

La segunda dijo, no sin orgullo, que ella no debia dar cuenta á nadie de sus acciones.

Y como el juez tuviese el buen talento de insistir con dulzura, respondió que en las caidas de las mujeres no habia estaciones; que desde el primer dia una mujer caida, es siempre una mujer caida, y que quizá tambien llegaria un dia, en que ella podria vengarse.

Octavio no leia su libro de derecho: escuchaba con profunda atencion las frases de la mujer, á quien miraba sorprendido.

—La señora de Marsillon! exclamó.

Y se inclinó al oido de su amigo, para decirle que preguntara á aquella mujer, desde cuando se encontraba en aquella vida.

—Desde hace un año, dijo sin vacilar. He llamado á la puerta de esta casa, porque no hé encontrado un lecho de paja, ni siquiera en las Arrepentidas. Si la señorita Eudoxia se venga de su familia, yo me vengo de la sociedad.

—Pero como podeis estar aquí, vos que pareceis inteligente? Habeis dejado vuestro corazon en el dintel de la puerta?

—No: yo sufro la infamia, como otras sufren el arrepentimiento. La persistencia es igual.

—Pero en semejante atmósfera, las horas para vos equivaldrán á siglos.

—No: hay tambien ventajas en mi estado: paso mi tiempo tocando el piano y leyendo novelas: hasta alguna vez leo libros de devocion.

—Esto es profanarlos!

—Nó! ignoro si conoceis los versos de Hegesipo Moreau, que pintan exactamente el estado de mi alma:

De mis errores, tú, cándida paloma,
Cómplice no eras ni testigo.

Octavio no podia creer en lo que estaba viendo y escuchando.

—Cómo! esta mujer que representó conmigo el papel del ángel de la virtud!

El juez interrogó á aquella mujer sobre un crimen de que habia sido testigo con sus otras compañeras.

—Como os llamais?

—Melania, respondió Angela.

—Y vuestro apellido?

—No puedo revelarlo.

—Por qué?

—Porque si me vengo no quiero vengarme sino en mí misma.

—¿Donde se dieron las puñaladas?

—En el salon, sobre el sofá.

—Quién estaba allí?

—Estas señoras y cuatro ó cinco caballeros á los cuales conozco perfectamente pero cuyo nombre no tengo derecho á revelar. Preguntádselo á una de estas señoras.

Y volviéndose para indicar á la mujer ya interrogada añadió:

—No lo preguntéis á esta señora, porque tambien los conoce. Preguntádselo á las otras que solo conocen su nombre de batalla. El uno se llama Carrabás, el otro el Gato, este Gladiador y aquel Barrabás.

—Qué hacian en el salon?

Angela miró profundamente al juez.

—Ya lo sabeis: hablaban. Entre nosotras se encuentra muchas veces el talento. Vienen á nosotras hombres de tan ilustre cuna que concluimos por educarnos. Dios cogió parte del hombre para crear la mujer; esto es un símbolo: el hombre hace siempre la mujer.

—Y la mujer rehace al hombre, observó otra jóven.

—Basta de literatura, interrumpió el juez.

Y continuó gravemente su interrogatorio.

Angela, que no habia reconocido á Octavio entre la sombra, fué á apoyarse en la pared cerca la cual se hallaba el jóven.

Este cogió su mano y la dijo:

—Como! y os encuentro en semejante compañía!

—Oh! Dios mio! exclamó la jóven; no quisiera por todo lo del mundo que me hubiese ocurrido la desgracia de encontraros. Vos aquí!

Angela bajó su cabeza con un profundo sentimiento de tristeza.

—Esplicadme este enigma.

—Chist! nos escuchan. Iré á veros mañana y os lo contaré todo; pues si vos no me conoceis, yo, en cambio os conozco mucho.

Cuando aquellas mujeres hubieron salido, Octavio se apresuró á hablar de Violeta: queria que se la pudiese en libertad sin pérdida de tiempo.

—Respondo de ella, dijo, como de un hijo al cual yo hubiese educado.

—Educado en el mal, replicó el juez; ya te conozco.

—Héte aquí en tu manía de hallar criminales en todas partes. Piensas que alguna vez he matado una mosca?

—Has matado mujeres. Dia llegará en que se buscará el crimen moral como al crimen material. Robar la paz de un corazon, desesperar á una pobre criatura cuya energía se ha matado por el amor, hacerla morir de dolor por el abandono; crees tú que esto no es un crimen.

Octavio se habia puesto pensativo.

—Quizá, dijo. Y tu eres quien vá á inaugurar la represion de esta clase de crímenes? Entonces llama á dos gendarmes y ponme bajo el régimen celular, pues me reconozco culpable. Mas, puesto que no ha llegado aun el dia en que se hará esta justicia del corazon, dame la libertad de Violeta, que es la mejor criatura que conozco.

—Cuan fácil lo encuentras! dijo el juez que se queria reservar todas las prerrogativas de la justicia.

—Me parece tan justo y tan sencillo! Nunca se declamará bastante contra el odioso sistema preventivo. Aquí tienes una jóven acusada de envenenamiento,

sin que esto jamás pueda probarse, puesto que es inocente: se la echa á un calabozo hasta el dia en que el fiscal le parezca bien el enviarla ante los Señores Jurados, que tienen tal vez una alma y una conciencia, pero que siempre temen condenar á un culpable ó absolver un inocente.

—Los inocentes no existen, exclamó el juez.

Esta frase brotó como la verdad.

—Sabes que me asustas? dijo Octavio sonriendo.

—Ah! querido: el estudio del hombre es el estudio del crimen. Todos estamos marcados con el sello fatal.

—Lo que es tomar un partido! Has cometido tú, abominaciones y atrocidades?

—Quien sabe? replicó el juez sonriendo. Si no estuviese ocupado en probar que los otros son criminales, quizá me ocuparia en probármelo á mi mismo.

—Este será tu último proceso.

Octavio habló á su amigo del envenenamiento de Champauvert.

—Un asunto curioso, replicó el juez; lo sé de memoria. No has leído la *Gaceta de los tribunales*?

—Jamás la leo.

—Cada uno tiene su círculo. Tú vives en el de las pecadoras y yo en el de los criminales: tú lees los periódicos de las carreras y las fiestas, mientras yo leo los procesos que arroja el adulterio, y las causas célebres que el amor proporciona.

—Es el mismo libro: yo leo el principio, y tú el final.

—Si, mi querido duque: conozco esta historia. Hay en ella un médico que aprecio mucho, porque trata de averiguar la verdad.

—Cállate! es un charlatan que quiere ponerse en relieve.

—Te digo que es un hombre honrado: si todo el mundo cumpliese con su deber, el crimen no quedaria impune.

—Y crees que la justicia castiga á los criminales?

—Quien pues? No me dirás que los castiga Dios, toda vez que no crees en El.

—Los castiga la conciencia. Todo hombre lleva consigo el tribunal: él es su juez sin apelacion. Cuando se condena á muerte, es, efectivamente, un hombre muerto: aunque vaya y venga entre los vivos, no existe realmente en este mundo:

—Bravo! He aquí una teoria nueva, que suprime la justicia de Dios y la misma de los hombres. No careces de ideas: existe algo bueno en el sistema. Pero en él, el hombre que se juzga á si propio, abusa de la prerogativa del indulto.

Octavio miró al juez con la espresion de un amigo antiguo.

—Vaya, mi querido Máximo: dáme la libertad de Violeta, y mata este proceso. Tú me dirás que esto no te concierne; mas no desconozco tu influencia y me consta que eres el niño mimado del Palacio de Justicia.

—Te juro que no puedo nada. Los diarios de Paris,

despues de los de Borgoña se han ocupado de este envenenamiento; es necesario, pues, que el proceso siga su curso: el mismo ministro ha querido inutilmente matarlo.

Parisis no creia que la cuestion se hubiese puesto tan formal.

—Pero esto es horrible! exclamó, viendo con anticipacion el cuadro que ofreceria el proceso. Como! la señorita de la Chastaigneraye se verá obligada á comparecer ante los tribunales para acusar á Violeta ó á cualquier otra persona! Esto no es posible! Geneveva preferiria la muerte!

—He aquí lo que sois vosotros. Porque llevais un nombre ilustre os figurais estar por encima de la ley. Ignoras, acaso, que el simbolo de la ley es un nivel?

Octavio estaba desesperado.

—Pero tranquilízate, prosiguió el juez. Rogaremos á los diarios que solo pongan las iniciales.

—Pero que locura es ésta de averiguar el crimen, siendo así que mi prima sigue bien?

—Y la doncella? No es una mujer como tu prima? Por lo demas, Violeta no subirá al patíbulo. Pero en fin, si sube espíará su mala accion.

—Te juro que no fué ella.

—Mejor: entonces volverá á subir en su carroza, pues se dice que es una de las cortesanas que están mas en moda.

Por la primera vez de su existencia, Octavio se

sintió vencido por una fuerza superior. Temblaba ante la idea de recoger el mal que habia sembrado. Si Violeta era una cortesana, él tenia la culpa: si ella era acusada ante la opinion pública, sobre quién debia recaer la acusacion? Sobre de él.

—Si Violeta no es la autora del crimen quien lo ha cometido? preguntó el juez.

—Lo ignoro, respondió Octavio; la verdad es que se sabe. La señorita de la Chastaigneraye y yo hemos hecho sobre este particular, nuestros cálculos; pero no tenemos pruebas y no queremos buscarlas. Mas puedo asegurarte que es una venganza de familia. A que viene el indagar esos misterios, hoy, que cabalmente se trata de devolver el prestigio á las grandes familias?

—Quizá tengas razon, dijo el juez que era un hombre amante del principio de autoridad, educado en la escuela de José de Maistre. Vé á ver el ministro, que es la justicia hecha hombre; y quizá tratará de ahogar el escándalo de este proceso.

El carácter de nuestro tiempo consiste en que solo hay caracteres á medias. No bien las fisonomías se acusan fuertemente, cuando estravian al observador por sus timideces é indecisiones. En la edad media el amigo de Octavio hasta hubiese hecho condenar á su familia; en el siglo diez y nueve solo queda algun rescoldo del fuego de la inquisicion.

Octavio estrechó la mano de su amigo para ir á casa del ministro.

—Ya que acabo de encontrar al hombre en el juez, dijo Octavio, hazme ver á Violeta.

—Qué me pides? No sabes que se halla incomunicada?

Octavio sonrió.

—Para la justicia, sí; mas para mí, nó.